

Alice McDermott
UN HOMBRE
CON ENCANTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALICE MCDERMOTT
UN HOMBRE CON ENCANTO

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Charming Billy*

1.^a edición: noviembre de 1999

1.^a edición en esta presentación: febrero de 2021

© 1998 by Alice McDermott. All rights reserved

© de la traducción: Vicente Campos González, 1999

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-910-5

Depósito legal: B. 292-2021

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

En algún lugar del Bronx, a unos veinte minutos apenas del cementerio, Maeve encontró en un hueco arbolado y apartado de una calle un pequeño restaurante con asador dispuesto a servir el banquete del funeral consistente en cuarenta y siete raciones de rosbif no muy hecho, patatas cocidas y judías verdes con almendras, ensalada de frutas como entrante y helado de vainilla para acompañar el café. Se dispondrían jarras de cerveza y té helado por la mesa y el bar seguiría abierto —pues era un día laborable más— para quienes quisieran tomar algo.

El local se encontraba al final de un camino de entrada en pendiente, que empezaba siendo de macadán pero rápidamente se deshacía en tierra y grava. Delante del edificio había una pequeña explanada también de tierra y grava llena de baches que, el día del funeral, estaba cubierta de charcos, y allí fue donde aparcaron los diez primeros coches, entre ellos la limusina negra en la que había ido Maeve. Los demás lo hicieron a lo largo del camino, primero a un lado y luego

al otro, y los asistentes al funeral tuvieron que realizar su cuarta procesión a pie de la jornada (la primera había sido al salir de la iglesia, la segunda y la tercera, al entrar y salir del cementerio) por el sendero encharcado y lleno de desniveles hasta el pequeño restaurante, que si hubiera tenido Guinness de barril y una estufa de turba, habría pasado por un pub de la Irlanda rural. O, con unos diálogos de John Millington Synge, habría sido el escenario ideal de un drama rural irlandés.

Cómo había sido capaz Maeve de dar con ese sitio seguía siendo un misterio, algo que los amigos y familiares de Billy se planteaban una y otra vez a medida que iban entrando en él: las mujeres con tacones altos, andando de puntillas por el sendero empinado; los hombres sosteniendo del brazo a sus respectivas esposas y también los paraguas, que se habían empapado junto a la tumba. Todos, con sus atuendos de misa dominical, le daban un aire formal al día grisáceo y al descuidado perfil de los árboles urbanos y la maleza húmeda. Todos hacían conjeturas: quizá se lo había recomendado el encargado de la funeraria o alguien del cementerio. Tal vez un amigo suyo o alguno de sus parientes (con lo escasos que eran) que conocieran un poco el Bronx, o puede que Mickey Quinn, cuyo territorio era este. Pero Mickey Quinn lo negó sacudiendo la cabeza; aunque es difícil creerse que en cualquiera de los cinco distritos exista un bar que él no haya pisado.

El local olía levemente a humedad, algo comprensible dado el tiempo que hacía y el espeso (incluso en abril) emparrado de árboles, pero el suelo de baldosas rojas y verdes

estaba immaculado y la barra de madera resplandecía bajo la luz fluorescente. Una larga mesa cubierta con manteles blancos, preparada para cuarenta y nueve comensales, atravesaba en diagonal todo el salón. Un gran ventanal dejaba ver el aparcamiento lleno de coches; el otro, un bosquecillo que sin duda iba a dar a una estrecha callejuela o a una hilera de contenedores de basura tras una fila de almacenes, pero que, desde el interior, parecía oscuro e interminablemente profundo.

Maeve se sentó ante ese ventanal, a la cabecera de la mesa. Llevaba un vestido azul marino, de manga corta y escote redondo, y cualquiera de los presentes en el salón que no lo hubiera pensado antes lo hizo en ese momento, tal vez inspirado por la perfecta sencillez de su atuendo: que había una especie de belleza en su aspecto corriente, en su falta de atractivo. O, si no se les ocurría llamarlo belleza, lo denominaban valor —más apropiado para la ocasión y el día—, sin que se refirieran necesariamente al valor de la viuda reciente (con los consiguientes clichés de viuda reciente: paciencia, aguante, recuperación), sino al valor que requería asomarse a la vida desde una cara tan inexpresiva como la mantequilla: pálida, de tez sedosa y afables ojos azules, con un apagado pelo castaño, corto como el de una monja y salpicado de canas. Solo un toque de polvos y lápiz de labios, y sin más adorno que la alianza matrimonial y un anillo con una perla diminuta.

Desde luego, todos habían creído siempre que era valiente (al menos, la mayoría, o —más probablemente— todos menos mi padre) por vivir con Billy como lo hacía; pero en ese momento, al verla sentada a la cabecera de la

mesa, con Billy recién fallecido (habría tiempo a lo largo de toda la tarde para decir que parecía increíble), su valor, o su belleza, según prefirieran, adquirió un nuevo sentido; lo que a su vez dio un nuevo sentido a lo que contarían sobre la vida de Billy. Porque si Maeve era hermosa, la historia de la vida de Billy, o al menos la versión de su vida que los presentes empezarían a recrear esa tarde, tendría que tomar un nuevo sesgo.

Mi padre estaba sentado a la derecha de Maeve. Aunque ella lo había organizado todo —había encontrado el local, elegido el menú y sugerido que se sirviera la ensalada de frutas en cuanto hubieran llegado todos los invitados para no dar tiempo a discursos ni brindis, solo a la rápida bendición de uno de los sacerdotes—, era a él a quien se dirigían las camareras, y a quien el propietario del bar preguntaba de vez en cuando si necesitaban algo. Sería él quien pagaría la cuenta al final de la tarde y daría propinas a los camareros y a la chica encargada de recoger los abrigos y paraguas. Fue él quien preguntó a Maeve, después de haberle servido un vaso de té helado, si le apetecía una copa, y quien se levantó al momento para ir a buscársela, saludando de paso al encargado de la funeraria y al conductor, que también estaban comiendo en el bar.

—Gracias, Dennis —dijo Maeve cuando le puso el martini delante. Esperó un momento antes de levantar la copa mientras su pálida mano se entretenía acariciando levemente el pie de cristal.

—Buena suerte —le deseó él levantando también su vaso de cerveza. Maeve asintió.

No tiene mucho sentido detenerse en la ironía de la situación; ni siquiera intentar averiguar si todo el mundo se había vuelto olvidadizo o acaso era tan profundamente consciente del hecho que ya no merecía la pena mencionarlo. Billy había muerto alcoholizado. La última noche, en su ataúd, su cara hinchada doblaba su tamaño normal y su tez era de color marrón oscuro. (El mismo Dennis, mi padre, cuando dos días antes tuvo que identificar el cadáver en el Hospital de Veteranos, exclamó en una primera reacción: «Pero si es un hombre de color», fugazmente aliviado de que Billy no hubiera muerto.)

Billy se había matado bebiendo. Llegado el momento, como tienden a hacer los alcohólicos, había desgarrado y hecho jirones la profunda, densa y apretadamente entretejida tela de afectos que formaba parte de la vida emocional, la vida del amor, de todos los presentes en el salón.

Todo el mundo lo quería. Lo estaba diciendo Mickey Quinn, sentado en el extremo de la mesa, cerca de mí. Mickey Quinn, que también trabajaba para la Con Ed y cuyo territorio estaba ahí, en el Bronx, aunque afirmaba que no había oído hablar de ese local. Mickey, con una cerveza en la mano: la ironía de la situación o le había pasado inadvertida, o era demasiado evidente para que hiciera falta mencionarla.

—Por poco que conocieras a Billy —dijo—, lo querías. Era ese tipo de persona.

Y si lo querías, todos lo sabíamos, en un momento u otro acababas suplicándole. O le acercabas en coche a Alcohólicos Anónimos, esperabas delante de la iglesia hasta que fi-

nalizara la reunión y le acompañabas de vuelta a casa. O le prestabas lo que pudieras conseguir para que viajara a Irlanda e hiciera el solemne juramento de dejar de beber. Si lo querías, le quitabas las llaves del coche y respondías a sus incoherentes llamadas telefónicas a medianoche. Le prohibías que entrara en tu casa hasta que pudiera presentarse sobrio. Veías los trocitos de carne sanguinolenta que escupía en sus copas. Si lo querías, en un momento u otro le decías que se estaba matando y sentías cómo su indiferencia hacía trizas tu cariño. Salías antes del trabajo para identificar su cadáver en el Hospital de Veteranos y, en lugar de agradecer que el sufrimiento hubiera acabado por fin, sentías una fugaz punzada de alegría al darte la vuelta: ese no era Billy, era un hombre de color.

—No podía ser más dulce —dijo otra prima, otra Rosemary, sentada también en mi zona de la mesa—. Sabía cómo agradar a todo el mundo, vaya si lo sabía. Siempre encontraba algo amable que decirte, o algo gracioso. Te hacía reír cuando quería.

—Era muy gracioso, sí —coincidían todos—. Dios mío, ¿verdad que era gracioso?

—Todo el mundo lo quería.

No es que pasaran por alto la ironía de las copas que sostenían en sus manos y que había sido la bebida lo que lo había matado, sino que redimían, tal vez, el placer de tomarse una copa, o dos, en una tarde triste y lluviosa, en compañía de viejos amigos, del penoso hábito en que se había convertido la bebida en la vida de Billy. Redimían así el cariño que habían sentido por él, un cariño que su obce-

cación, su indiferencia, había hecho añicos hacía tiempo, y que ahora se convertía en algo que había merecido la pena, algo valioso que, después de todo, se había empleado bien.

La ensalada de frutas era de lata, pero la sirvieron con una cucharada de sorbete de lima, que, todos coincidieron, era muy refrescante. Aclaraba el paladar. Los panecillos estaban buenos. Había un poco de pan de soda en una de las cestas; alguien debía de haberlo traído de casa.

—No es tan bueno como el mío, pero es que yo lo prefiero con carvi, que es como solía hacerlo mi madre...

No se podía redimir la vida de Billy, redimir el cariño inquebrantable que se sentía por él, sin decir en algún momento: «Estaba aquella chica».

—La irlandesa.

—Eva. —Kate, la hermana de Billy, recordaba, por supuesto, el nombre.

—Aquello fue muy doloroso, ¿no? Un duro golpe para él. —Una chica que conoció nada más acabar la guerra. Nada más volver a casa. Allá, en Long Island.

—Una chica irlandesa —dijo Kate— que había venido a visitar a su hermana, niñera de una familia rica de Park Avenue. Quiso casarse con ella, incluso le regaló un anillo. Ella tuvo que volver primero a casa; sus padres eran muy mayores, creo. Pero se escribían. Billy escribía unas cartas estupendas, ¿verdad? Siempre estaba garabateando notas que luego enviaba.

—Escribía cartas sobre cualquier papel, ¿recordáis? Una servilleta, un horario de trenes, y te la enviaba.

—Yo tengo una —dijo Bridie, la del antiguo vecindario. Metió la mano en su bolso de charol y encontró un sobre

del tamaño de una tarjeta de felicitación con dos sellos en los que aparecían un arpa y un violín. Miró el matasellos, junio de 1975, y luego extrajo un flácido papel cuadrado, una servilleta de cóctel con la letra rizada de Billy.

—Me la mandó desde Irlanda —dijo—. Desde el aeropuerto de Shannon. —Y allí estaba el logotipo de Aer Lingus en una esquina. Billy había escrito con un bolígrafo azul: «Bridie: acabo de ver pasar tu cara en la de una chica de doce años con un uniforme escolar azul marino. Dijo que se llamaba Fiona. Estaba esperando el avión de su padre, de Nueva York. Tu sonrisa, tus ojos, tu misma cara a esa edad, en una segunda edición. Con cariño, Billy».

La servilleta pasó de mano en mano, sostenida con tanta delicadeza como si fuera un pajarito, algunos incluso rebuscaron en sus bolsos o en los bolsillos delanteros las gafas de leer para no perderse una palabra. La servilleta recorrió toda la mesa hasta llegar a Maeve, que la leyó con una sonrisa y asintió, y volvió a su punto de partida. Bridie la recogió y la leyó una vez más antes de meterla en el sobre que guardó dentro del compartimento lateral con cremallera de su bolso de los domingos.

Se estaban mencionando otras cartas de Billy; una nota garabateada en una página de un programa de teatro, otra en una tarjeta comercial. Las largas misivas que había mandado a casa durante la guerra habían llegado con líneas enteras tachadas por los censores, pero aun así rezumaban nostalgia. Tenía tanta nostalgia. Las postales de su viaje a Irlanda; los mantelitos y servilletas de papel de diversos restaurantes y locales de Long Island, del verano que Dennis y

él pasaron allí arreglando la casita del señor Holtzman. ¿Os acordáis del señor Holtzman? El segundo marido de la madre de Dennis. El de la zapatería.

Aquel fue el verano en que conoció a la chica irlandesa. Eva. La chica con la que había querido casarse.

—Ella regresó a Irlanda a principios de otoño —recordaba Kate—. Y, poco después, Billy empezó a trabajar para el señor Holtzman; los sábados todo el día y me parece que también los jueves por la noche. Creo que era así. Dennis se lo había organizado. Billy estaba intentando reunir suficiente dinero para su chica, para traerla de vuelta, y Dennis se puso de acuerdo con el señor Holtzman para que Billy trabajara en la zapatería cuando no estaba en la Con Ed.

—Era un vendedor magnífico —dijo la hermana menor de Kate, que también se llamaba Rosemary.

—Bueno —prosiguió Kate—, el señor Holtzman había perdido parte del negocio durante la guerra..., no sé si por el racionamiento, porque era de origen alemán o por qué. El caso es que se alegró de contratar a Billy, un excombatiente tan guapo. Con aquellos ojos azules.

—Era un joven apuesto —dijo Bridie, la del antiguo vecindario—. Puede que un poco tímido.

—Y ahí fue donde conoció a Maeve, ¿verdad? En la zapatería.

—Más adelante —dijo Kate—. Ella solía ir a la tienda con su padre; recuerdo a Billy contándome la paciencia que tenía Maeve con el anciano, porque, ya sabéis, su padre también bebía.

—Como el actor W.C. Fields, pero en pelirrojo —dijo Rosemary, la hermana—. Lo recuerdo en la boda. —Puso los ojos en blanco.

—La pobre Maeve ha sufrido lo suyo con esa desgracia.

Se hizo una pausa mientras un camarero se introducía entre ellos para llevarse los cuencos de ensalada de frutas, y todos susurraban gracias, gracias, y luego más gracias cuando otro camarero se inclinó para servir la comida.

—Tiene un aspecto estupendo, ¿no os parece?

—Y los platos son bonitos y están calientes.

—Lo están haciendo muy bien, ¿verdad? Me pregunto cómo habrá encontrado Maeve este sitio.

—El encargado de la funeraria, estoy seguro. Probablemente se lleve una comisión.

—Él le mandó el dinero —prosiguió Kate—. A Eva, me refiero. La irlandesa. Me parece que le mandó unos quinientos dólares.

—Que en aquella época eran una fortuna —se sintió obligado a comentar alguien.

—Sí, vaya si lo eran —le secundaron.

—Le envió el dinero por primavera, debía de ser en 1946. Y ella le escribió diciéndole que estaba muy ocupada haciendo planes, ya sabéis, preparativos para su vuelta. Señor, durante aquellos días Billy era como un hombre esperando el autobús. El sol no parecía salir ni ponerse lo bastante rápido para él. Tenía la esperanza de que ella estuviera de vuelta antes de que acabara el verano, para pasar la luna de miel juntos en Long Island, en la casita. La casa de Holtzman, cerca de donde se habían conocido. No sé dónde pensaba

que iban a vivir después de la luna de miel, ¿os acordáis de lo que costaba encontrar un piso entonces?

Se acordaban. También se comentó lo tierno y jugoso que estaba el rosbif. Mejor esas gotas de jugo que una salsa espesa.

—Rose y yo vivíamos en casa con nuestros maridos y yo ya tenía el bebé —dijo Kate—. No sé dónde pensaba Billy que iba a meterla.

—Yo no creo —comentó su hermana Rosemary— que en aquel momento pensara más allá del regreso de la chica a América, la boda y volver con ella a Long Island.

—Puede que hiciera bien —dijo la prima Rosemary.

—Puede que fuera lo mejor —añadió Dan Lynch.

—Porque no volvió a oír una palabra de ella durante todo el verano —prosiguió Kate—, aunque creo que él le escribía dos o tres veces a la semana, puede que más.

»En septiembre, Dennis recibió una llamada de la hermana de la chica, que seguía cuidando a los niños en Park Avenue. Dennis fue a la ciudad para verla y luego (era un domingo por la noche, a eso de las nueve) llamó a nuestra puerta. Le preguntó a Billy si quería dar una vuelta en coche hasta Long Island, para comprobar el estado de la casita. Creo que dijo que había habido una tormenta por allí. Daba igual, Billy siempre estaba dispuesto. Recuerdo que salió con su traje en una percha porque, al volver por la mañana, iban a ir directamente a Irving Place. Recuerdo que mi madre corrió tras ellos con una bolsa llena de panecillos con mantequilla y unas lonchas de jamón para el desayuno. Bajó todas las escaleras corriendo.

»Ya era la hora de cenar cuando Billy volvió a casa al día siguiente y nos contó que Eva había muerto: neumonía. La chica tenía veintiséis años. Preferiría un poco de té —dijo, y el camarero con la cafetera de acero inoxidable se retiró—, con limón, por favor.

—Yo también quiero té, por favor —dijo Bridie—. Casi me había olvidado de eso.

—Para mí nada, gracias —dijo Mickey Quinn—, tal vez más tarde. —Y añadió que creía que los del Medio Oeste eran los únicos que se tomaban el café *con* las comidas. Dijo que se acordaba de cuando estuvo en el ejército, que era asombroso que los del Medio Oeste pudieran notar el sabor de algo tragando tanto café con todas las comidas. Se detuvo para ver quién picaba el anzuelo, recogía el hilo de la conversación y lo apartaba de la difunta chica de Billy para centrar la charla en la Segunda Guerra Mundial.

Pero Dan Lynch volvió a decir:

—Fue un golpe muy duro.

—Francamente, yo creía que no lo superaría.

—Pero siguió en la tienda de Holtzman, ¿no? —dijo Dan Lynch—. Me refiero a más tarde. Incluso cuando ya no necesitaba dinero extra. Siguió allí. Ese era el auténtico Billy, ¿verdad? Así de leal.

—Bueno, lo cierto —intervino Kate— es que no había ganado todo el dinero que le envió. El señor Holtzman le había adelantado una buena cantidad, y cuando Billy escribió a los padres de la chica dándoles el pésame, ¿os imagináis esa carta? —Bridie se estremeció audiblemente—, naturalmente les dijo que se quedaran con el dinero para pagar los

gastos del funeral y mantener una corona de flores frescas en su tumba.

—Como Joe DiMaggio —susurró Bridie.

Las cejas de Kate desaprobaron la comparación, y prosiguió:

—Durante un tiempo habló de ir allí en persona, pero le disuadimos. Hasta Dennis dijo que sería inoportuno, sensiblero. Yo temía que sencillamente le rompiera el corazón. Gracias. Pero trabajar en la tienda, a largo plazo, le hizo bien. Lo mantenía ocupado una o dos tardes a la semana. Y los sábados. Y, como os decía, Holtzman se alegraba de tenerlo allí.

—Billy contaba unas historias estupendas de esa tienda —dijo Mickey Quinn—. Ya sabéis, los niños llorando y las mujeres apretujándose los dedos para meterlos en un treinta y cinco o inclinándose sobre su cara mientras él intentaba ajustárselos, casi sofocándole con sus pieles y perfumes. Recuerdo que una vez me habló de una mujer con pies enormes que, cuando él le dijo su número, le respondió: «Joven, a mí siempre me han dicho que calzo un treinta y seis y medio»; y él le contestó, suave como la seda: «Puede ser un treinta y seis, pero para medio pie, señora».

—Una vez, una mujer le mordió la oreja —contó Dan Lynch. Dio la impresión de que hubiera estado reteniendo la anécdota en la punta de la lengua durante veinte años.

—No.

—Estás bromeando.

—Dios santo.

—¡Es verdad! —añadió, encantado de poder soltarla fi-

nalmente—. Billy se puso de todos los colores del arcoíris mientras me lo contaba en Quinlan's. Por lo visto, estaba inclinado recogiendo algunos de los zapatos que se había probado la mujer, cuando ella se agachó también, como si se dispusiera a ayudarle, y le dio un mordisco en la oreja. ¿Os lo imagináis?

—Se le daban muy bien los niños —dijo rápidamente Bridie, la del vecindario, y condujo nuestros pensamientos por derroteros menos comprometidos—. Calzó a todos los míos, desde muy pequeños. Tenía un don especial con los niños.

—Y allí conoció a Maeve —dijo la prima Rosemary.

Rosemary, la hermana, lo corroboró:

—Allí conoció a Maeve. Ella siempre entraba con su padre. Calzarle, decía Billy, era como herrar a una mula, y al poco de que Maeve le hubiera comprado un par de zapatos ya estaban de vuelta otra vez porque había perdido uno. Billy no tardó en darse cuenta de que los perdía bajo el taburete de cualquier bar.

—Pero Billy se las apañó para pedirle que saliera con él —dijo Bridie.

—Al cine. Cuando me contó que iba a llevarla al cine, me quedé tan pasmada que me habríais tumbado empujándome con una pluma. Habían pasado, ¿cuántos, Kate? ¿Cuatro o cinco años desde lo de la chica irlandesa?

—Cinco. Fue en 1950, y se casaron tres años más tarde, en 1953.

—Entonces, hace treinta años —dijo Mickey Quinn. Kate asintió.

—Hará treinta años en septiembre.

—Eso es mucho tiempo —reconoció Mickey Quinn.

Y todas las miradas se dirigieron a Maeve, que parecía no haber tocado la comida. Con las manos en el regazo, se inclinaba para escuchar a Ted, otro de los primos de Billy, que, agachado junto a su silla, le hablaba con expresión seria.

—Nunca lo tuvo fácil —dijo Rosemary—, sobre todo en los últimos tiempos. Ya sabéis, cuando se acercaba el final.

—Los últimos años ya se sabía cómo iba a acabar —dijo Kate—. Me parece que para ella fue peor al principio, cuando tuvo que vigilar a su padre y a su marido.

—Hoy se está comportando maravillosamente.

—Sí, es fuerte.

—Debéis reconocérselo. Tiene mucho valor.

Y quizá cierta belleza, perceptible ahora, cuando levanta la mirada para decirles algo a mi padre y al padre Ryan, sentado junto a él, mientras su pálida mano reposa hecha un puño sobre el mantel blanco. Y, si el valor también significaba belleza, su presencia en la zapatería fue la salvación para Billy o, al menos, la segunda oportunidad que él había dejado entrar en su vida superando su obcecación e indiferencia. Pero si Maeve carecía de tanto atractivo como los demás siempre habían afirmado en vida de Billy, una chica sencilla que se acercaba a la treintena con un padre viejo y alcohólico al que cuidar y sin ningún porvenir —y Eva, en cambio, había sido la belleza—, entonces no fue más que un pobre consuelo, una fútil tentativa de remendar un corazón roto. Un momento de gracia, un destello de esperanza, pero no lo bastante intenso para toda una vida.

—No lo sabía —susurró la prima Rosemary—. ¿Ya desde el principio tuvo problemas Billy? ¿Incluso cuando se casaron?

Todos nos volvimos hacia Kate, cuya buena memoria ya había quedado demostrada. Era la hermana mayor, la única de todos los reunidos que había logrado una buena posición (aunque ya se hubiera comentado que su marido no había acudido, no había venido la noche anterior), así que podía hablar con cierta autoridad, mientras los demás solo podían aventurar suposiciones.

—Bueno, siempre bebió —dijo Kate—. Pero durante mucho tiempo pareció que lo hacía sin que le perjudicara. Recuerdo que cuando estaba de permiso, antes de que lo mandaran al extranjero, se pasaba el día embotado, sin sentir nada, pero aquello era comprensible. Recuerdo la noche que vino a casa y nos contó que Eva había fallecido. Tras decírnoslo se fue directamente a la cama, y yo llamé a Dennis para ver si podía enterarme de algo más; Dennis me explicó que habían bebido bastante la noche anterior, lo que también era comprensible. Probablemente a Dennis le resultó tan difícil decírselo como a Billy oírlo.

Su hermana Rosemary intervino:

—Recuerdo que bebió demasiado en el bautizo de Jill. Me inquietaba que condujera de vuelta a casa por el paso subterráneo.

—Pero durante años no faltó ni un solo día al trabajo —nos contó Kate—. Y abrió la zapatería todos los sábados por la mañana, desde que empezó a trabajar en ella hasta principios de los sesenta, cuando el señor Holtzman vendió

la tienda a Baker's. No creo que el señor Holtzman llegara a enterarse de que bebía. Con toda seguridad, nadie de Edison lo supo hasta casi el final.

Pero Mickey Quinn levantó la mano.

—Lo sabían —dijo con prudencia.

—Pero no hasta hace poco —replicó Kate—. Tal vez cuando lo ingresaron en el hospital en el setenta y tres, el año en que mi Kevin se graduó en Regis.

Mickey Quinn frunció el ceño y negó moviendo levemente la cabeza, como si pidiera perdón, como si estuviera cuestionando algo de soslayo.

—Lo sabían —repitió—. Todos lo sabíamos. Me fui de Irving Place en 1968 y ya entonces los compañeros de la oficina sabían que Billy era un bebedor. Lo encubrían, sobre todo por las tardes. Salía a hacer un servicio después de comer y no volvía a la oficina, y ellos lo encubrían. Les caía bien a todos. Se alegraban de poder hacerlo.

—Creo que Smitty también debió de encubrirlo alguna vez —dijo Rosemary, la hermana de Mickey Quinn—. En la zapatería. ¿Os acordáis de Smitty? El ayudante del señor Holtzman, aquel hombre pequeño y calvo. —Se acordaban—. Fui a la tienda un sábado, estábamos buscando zapatos para la primera comunión de Betty, y Billy acababa de llegar de comer. Me dio la impresión de que se había tomado unas cuantas copas. Quiero decir que estaba bien, y los chicos siempre se alegraban de verlo, pero me fijé en que Smitty tomó las medidas y sacó todos los zapatos. Billy se quedó sentado casi todo el rato. Algo que no era propio de él. Estaba chupando un caramelo de menta.

—¿Cuándo fue? —preguntó Kate, como hubiera hecho su acaudalado esposo, formado en Fordham Law.

Rosemary hizo una pausa para echar cuentas:

—Betty estaba en segundo en 1962 —y añadió, casi pidiendo disculpas—: en el sesenta y dos ya bebía.

Dan Lynch levantó las manos.

—Bueno, ¿y qué? También bebía antes. En Quinlan's, los sábados al salir de trabajar. Los domingos por la noche. Demonios, yo estaba siempre allí, y tengo el hígado estupendamente.

—Entonces, ¿cuándo se convirtió en un problema? —preguntó la prima Rosemary.

—Empezó a acudir a Alcohólicos Anónimos a finales de los sesenta —le dijo Kate—, y luego volvió en el setenta y uno o setenta y dos.

—Hizo el solemne juramento de dejar de beber en aquel viaje a Irlanda. Eso fue en el setenta y cinco.

—¿De qué le sirvió?

—Yo creí que le ayudaría. Maeve también.

Dan Lynch se reía entre dientes mientras sostenía su pequeño vaso con la mano.

—Recuerdo a Billy diciendo que, si lo analizabas bien, descubrías que Alcohólicos Anónimos era una cosa de protestantes. Lo habían fundado un puñado de protestantes. Decía que no le gustaba la familiaridad con que algunos de ellos llamaban a Nuestro Señor por su nombre de pila. Yo le acerqué en mi coche a la primera reunión y me quedé esperando para llevarlo de vuelta a casa porque Maeve no quería que condujera, y cuando salió me contó que podías

adivinar quiénes eran católicos, porque se habían pasado la sesión agachando la cabeza cada diez segundos, cada vez que los protestantes repetían alegremente lo de Jesús, Jesús, Jesús.

(E, inevitablemente, en toda nuestra zona de la mesa las cabezas se inclinaron al oír el nombre.) Rosemary dijo:

—Tampoco le gustaba que llamaran Poder Superior a Dios, que, supongo, era el término oficial de Alcohólicos Anónimos para referirse a Él. No confesional, ya sabéis. Decía que eso demostraba que ninguno de ellos tenía sentido del humor. Decía que solo el mismísimo Dios podría haber llegado más alto de lo que habían subido aquellos tipos cuando se emborrachaban.

Se rieron un poco en voz baja.

—Billy tenía una vena irreverente —intervino Mickey Quinn—. Eso me gustaba.

—Según me explicó el padre Joyce —prosiguió Dan Lynch—, el juramento de abstinencia era la respuesta católica a Alcohólicos Anónimos. Dijo que era como las órdenes sagradas, uno firmaba y no había vuelta atrás. Un juramento inquebrantable para no volver a tomar ni una sola copa más. Billy se lo tomaba en serio.

—Pero lo quebrantó.

—También hay muchos sacerdotes que incumplen las órdenes sagradas —replicó Dan Lynch.

—Bueno, en todo caso, eso le hizo ir a Irlanda —dijo la prima Rosemary—. Yo intenté convencerles muchísimas veces a Maeve y a él de que fueran, pero nunca lo conseguí.

—Maeve no es de las que viajan —comentó Rosemary, la hermana—. Es casera. Siempre lo ha sido.

Kate se inclinó hacia todos nosotros desplegando las manos sobre la mesa: un anillo de diamantes de buen gusto, un brazalete de oro, manicura profesional.

—Muchas veces me he preguntado —dijo despacio—, aunque nunca me atreví a planteárselo a él directamente, si Billy fue a visitar el pueblo de Eva cuando estuvo allí.

Su hermana negó con la cabeza.

—Si hubiera ido, lo habría contado. No era de los que se guardan las cosas para sí.

Kate hizo una breve pausa para pensárselo.

—Pero podría no haber querido que llegara a oídos de Maeve, ya sabéis —dijo—. A lo mejor creía que a ella no le gustaría enterarse de un peregrinaje como ese.

—¿Y a quién le gustaría?

—¿Sabía lo de Eva? —preguntó Bridie, también entre susurros, y cuando el camarero retiró su plato vacío, añadió—: Gracias.

—Estoy convencida —contestó Kate—. Gracias. —Y añadió—: En realidad, no lo sé. Supongo que sí sabía algo de ella.

—Él debió de contarle algo.

—Dennis lo sabría —dijo Mickey Quinn—, siempre estuvieron muy unidos.

—Yo fui el padrino en la boda de Billy —se quejó Dan Lynch—. Nosotros también estábamos muy unidos.

—Y bien, ¿le contó Billy a Maeve lo de la chica irlandesa?

Dan agitó la mano con nerviosismo.

—Estoy seguro de que le contó algo. Ya sabéis, no es la clase de cosas de las que hablan los hombres. Y Billy era

muy reservado, una vez que se casó con Maeve, nadie volvió a oírle hablar de la irlandesa.

—Preguntadle a Dennis —susurró la prima Rosemary.

Trajeron el postre elegido: dos bolas de helado de vainilla en cuencos fríos de acero inoxidable. Las manos se apoyaron en los regazos para facilitarle el trabajo al pobre hombre mientras servía entre los hombros de los comensales. Gracias.

—Me acuerdo de Maeve recorriendo la nave de la iglesia —dijo Dan Lynch levantando la cuchara y sosteniéndola como un cetro—. Iba del brazo de su padre; pero si la mirabas con atención, estaba claro que lo estaba apuntalando, ya sabéis, lo sostenía erguido. Sonreía con toda la dulzura de una novia, pero en su modo de caminar se percibía una resolución, sobre todo en la manera en que mantenía el hombro pegado al de su padre, como si fuera una pared a punto de desmoronarse. Ella le cogió del brazo cuando llegaron al primer banco, quiero decir que lo agarró con fuerza, por aquí. —Hizo una demostración cogiéndose de su propio antebrazo, con la cuchara y todo—. El anciano se golpeó el pie contra el banco (se oyó por toda la iglesia) y por un momento pareció que se iba a caer de cabeza. Pero ella lo encajó en su sitio y lo obligó a sentarse. Maeve lo manejaba. A viva fuerza de voluntad, diría yo. Y entonces asintió levemente con la cabeza, como si dijera: bueno, ya está; y subió las escaleras para casarse con Billy. —Echó un trago de cerveza—. Preparada para encargarse de él, recuerdo que eso fue lo que pensé. Era una chica sencilla pero resuelta.